

Historia de un caballero y una no princesa



Adelaida Loukota

Índice

Érase una vez, una de esas mañanas de lunes	7
Un sueño en la clase de Historia	13
Un poco más tarde en esa tierra de desencanto	17
Los grafitis del martes	23
El ratón de biblioteca del miércoles	25
Ese día más tarde	27
La magia no dura mucho	39
Viernes de excusas y enredos	49
De vuelta en el refugio del caballero	55
Atrapado in fraganti el sábado por la mañana	63
Cuando la fortuna le sonríe a un aventurero	73
Los planes de la empresa de un gentilhombre	79
Aventura dominical de un caballero	89
El caballero vence al dragón y cabalga por el bosque ..	97
La hidalguía de un caballero andante	115
Un lunes intensamente dulce	121
Y aunque no vivieron juntos para siempre... ..	127

Érase una vez, una de esas mañanas de lunes...

Lo que empezó para Mateo como el peor día de clases cambió por un golpe de suerte. De mala suerte. 7

Todo comenzó el domingo por la noche cuando merodeaba por la casa después de disputar con su hermana por el control de la televisión. La dejó en la sala, dueña absoluta del control remoto y de ese programita de gente que quiere ser cantante, ¡qué pérdida de tiempo! Había pensado en desordenar el cuarto de su hermana para que su mamá la regañara, o buscar cómo hacerle alguna otra maldad... ¿esconderle los lentes? Después pensó que no valía la pena. Él era un caballero, y los caballeros no son vengativos. Entró al baño, donde encontró una de esas revistas que ella leía todo el tiempo. La tomó por impulso, no podía resistirse a ojear todo material de lectura que cayera en sus manos. La mayoría de artículos le parecieron tonterías de niñas babosas, hasta que se topó con una nota que decía que la loción puede ser el toque distintivo que haga que una chica te recuerde por siempre.

Hacía unos meses que su mamá no tenía que obligarlo a bañarse, después de lo del cumpleaños de su primo Ro-

dri, cuando esas niñas lo echaron de la mesa porque olía feo. Después de leer el artículo entendió que no bastaba con estar limpio: los caballeros tienen una fragancia que los distingue. El lunes se levantó temprano, se dio un baño a conciencia, incluso lavó su ombligo y entre cada uno de los dedos de sus pies. Probó diferentes peinados y sacó la colonia de Batman que su abuela le regaló para Navidad y que había refundido en una gaveta. No sabía cuánta loción ponerse, así que la aplicó generosamente sobre su ropa, manos, brazos, cuello... incluso en el pelo; la que le cayó por accidente dentro de la boca sabía horrible.

Cuando salió del baño, su mamá y su hermana se preguntaban de dónde venía ese olor raro que invadía la casa. Era como si hubieran rociado frutas podridas con orina de gato. Descubrieron la fuente de la peste cuando él se sentó a la mesa. Ambas se vieron sin saber si debían decirle algo.

—Amor, creo que se te pasó la mano con la loción —le dijo su mamá.

—No, yo creo que la loción está pasada o que se murió algo dentro del frasco —dijo su hermana.

Él las vio fijamente, pero no dijo nada. Prefirió callar y ejercitar la templanza, una de las virtudes de los caballeros de acuerdo con una historia que había leído. Cuando se topó con la palabra *templanza* tuvo buscar en el diccionario qué significaba. Entendió que era como mantenerse tranquilo aunque quisiera gritar y armar escándalo. Se limitó a desayunar en silencio y luego salió a esperar el bus.

El aire fresco de octubre lo ayudó a despejarse. Tuvo que admitir secretamente que el olor de la loción lo tenía un poco mareado. Cuando subió al bus sintió como si estuviera entrando en una cápsula climatizada y agradeció el calor que lo envolvía. Conforme caminó para llegar a su lugar, todos fueron callando poco a poco. Lo vieron pasar hasta que se sentó en el lugar acostumbrado... y en cada fila formulaban una teoría distinta: «Es como el perfume de una tía muy vieja de mi mamá, solo que mucho más fuerte», «Es como limpiador de piso con olor a pino mezclado con té de manzanilla», «Es como si hubieran limpiado la jaula de mi hámster con fragancia de lavanda», «No, no, no, peor... es como la jaula de los monos en el zoológico cuando le ha dado mucho el sol». Mario rompió el silencio y le preguntó si por casualidad lo había orinado un zorrillo. Él lo vio fijamente, pero no le dijo nada. Era una buena mañana para practicar la templanza.

La atmósfera se fue cargando, el aire fue volviéndose pesado y difícil de respirar. Unos niños de atrás abrieron las ventanillas, pero el aire no circuló. Después de dos cuadras, el conductor tuvo que detener el bus porque July tenía que vomitar; a ella siempre la mareaba el viaje, aunque esta vez era peor. Media cuadra más adelante, Andrés pidió que detuvieran el bus porque también quería vomitar. Un minuto después lo acompañaron Esteban y Wendy. Don Joaquín, el chofer, los dejó bajar, repartió bolsas para vómito y caminó hasta el lugar de Mateo. Meneó la cabeza y le dijo:

—Sí, es por tu culpa, hueles como si te hubieras bañado con fresas podridas que alguien dejó marinar en brandi. Bájate inmediatamente del bus y regresa a tu casa. Los demás, abran las ventanas y ventilen hasta que se vaya el olor. ¡Si alguien más quiere vomitar que lo haga ahora, porque no voy a estar parando!

10 Mateo ni siquiera pensó en irse por su cuenta al colegio: a su mamá le daría un infarto si hacía algo por el estilo. «El transporte público no es seguro, ratoncito», le diría ella. Mientras caminaba de regreso a su casa pensó que era una grosería lo que le habían hecho y que no quería que ninguna chica lo recordara por un olor nauseabundo. Se dirigió directo a la ducha después de contarle a su mamá qué había pasado. Tuvo que enjabonarse dos veces para quitarse el olor rancio de la colonia de Batman. Claro, si hubiera sido de Superman todo habría sido distinto; por algo él prefería al hombre de acero por encima de ese murciélago desvelado.

—Apurate rata, que por tu culpa voy a llegar tarde a la universidad.

—¡Mamá! ¡Lucía me está diciendo rata otra vez!

—¡Lu, deja de decirle rata a tu hermano!

—¡Pero si es un ratónapestoso y por su culpa voy a llegar tarde a clases!

—Ya, dejen de pelear y súbense al carro.

Mientras su mamá les decía algo sobre el respeto y el amor entre hermanos, Mateo pensaba en que necesitaba otra loción, en que iba a llegar supertarde al colegio y que Morales, el amargado del director, seguro no lo iba a de-

jar entrar. Si eso pasaba, iba a tener toda la mañana para leer el libro del rey Arturo y los caballeros de la mesa redonda que su papá le había comprado ese día que salieron solos los dos y fueron a esa librería enorme...

—¡Mateo! ¿En qué estás pensando? Ya llegamos, vamos.

Su mamá intentó tomarlo de la mano y él tuvo que recordarle que ya tenía casi 14 años, que eso era de niños. Ella esbozó un intento de sonrisa y caminó a su lado en silencio. Él se sintió un poco mal por lo brusco que había sido, pero de verdad no quería que su mamá lo llevara de la mano, ya bastante había tenido con que lo bajaran del bus por apestoso.

El director Morales lo mandó a su salón y se quedó conversando con su mamá. Cuando Mateo llegó al aula, la clase de Historia estaba avanzada. Desde la puerta notó que casi nadie estaba en su lugar habitual, todos estaban revueltos y conversaban. El maestro ya había designado a las parejas para el trabajo final, Mateo trabajaría con Adriana. Mateo no podía creer su buena suerte, porque si hubiera llegado a tiempo, como siempre, habría trabajado con Mario... como siempre.